



Edgardo Civallero

Una biblioteca en el fin del mundo

Una biblioteca en el fin del mundo

Entrevista con el bibliotecario de Galápagos, Edgardo Civallero

Edgardo Civallero

© Edgardo Civallero, 2022.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

Una biblioteca en el fin del mundo

Entrevista con el bibliotecario de Galápagos, Edgardo Civallero

A continuación se ofrece el texto original de una entrevista que fue publicada, como *Bibliotēka pasaules malā: Intervija ar Galapagu salu bibliotekāru Edgardo Sivaljero*, por la Biblioteca Nacional de Letonia en su sitio web (<https://www.biblioteka.lv/biblioteka-pasaules-mala-intervija-ar-galapagu-salu-bibliotekaru-edgardo-sivaljero/>).

¿Qué pueden hacer los libros mejor que cualquier otra cosa?

Tengo que confesar algo desde ya: no soy muy *fan* de los libros. Me doy cuenta de lo extraña que puede sonar esta declaración, especialmente viniendo de un bibliotecario. En mi defensa, debo decir que he pasado buena parte de mi carrera profesional (abarcando los últimos 23 años y cubriendo casi todos los campos y tareas posibles dentro de la Bibliotecología y las Ciencias de la Información) trabajando con o apoyando a comunidades rurales e indígenas, especialmente en Latinoamérica. Cuando trabajás en lugares como esos, te das cuenta de que el conocimiento y la memoria, el material que gestionamos en las GLAMs, puede tomar muchas formas diferentes y utilizar

muchos canales diversos: son contenedores de la experiencia humana que asumen múltiples formas y caras diversas en diferentes idiomas. Esto también es válido en las grandes ciudades y otras áreas urbanas, pero se vuelve bastante evidente fuera de ellas, lejos del ruido de la palabra impresa.

En lugar de hablar de "libros", prefiero hablar de "documentos", entendidos como cualquier potencial portador de información y memoria. Así, un libro cobra tanta importancia como una calabaza grabada por los Quechua peruanos, el arreglo de cabello de una mujer afrocolombiana, los grafitis y murales en todas las capitales sudamericanas, las telas pintadas a mano de los Shipibo, o un cuento de un llanero en Venezuela o un *quilombola* en Brasil. Al asumir esta idea, me posiciono en un lugar post-colonialista, igualitario, que vengo defendiendo desde hace décadas... aun cuando por entonces no sabía lo que significaba "colonialismo", "decolonialismo" o "post-colonialismo".

Ahora, volviendo a la pregunta, creo que todos nuestros documentos son contenedores de nuestro tesoro máspreciado: nuestro patrimonio cultural, eso que nos hace ser precisamente nosotros y nadie más. Y creo que eso es lo que mejor hacen: mantener nuestra memoria social colectiva viva, sana y segura para las generaciones venideras. En

realidad, eso es lo que mejor han estado haciendo durante toda nuestra historia como especie, independientemente de nuestros esfuerzos ocasionales y obstinados por destruirlos.

Cuénteme sobre su viaje hasta una biblioteca en las islas Galápagos.

En realidad, es una especie de historia de vida para mí. Si bien tuve una estrecha relación con los libros y la memoria desde niño, siempre quise ser biólogo. Y eso fue lo que estudié: Ciencias del Mar, en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en las islas Canarias (España). Curiosamente, nunca presenté mi tesis final y, por lo tanto, nunca me gradué. Un par de años después estudié Biología en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), pero solo cumplí 3 de 5 años... Fue más tarde, después de probar con Historia y hasta con Derecho, que estudié Bibliotecología. El caso es que no pude borrar todas las habilidades y conocimientos adquiridos mientras estudiaba todas esas carreras anteriores. Esa información se me quedó grabada. Fue así como, cuando me gradué en Bibliotecología y Documentación, buena parte del trabajo que llevé a cabo para ganar un salario estuvo relacionado con ciencias naturales y biomédicas.

En 2018 encontré por casualidad la convocatoria para un puesto de bibliotecario en las Galápagos: un puesto en la Estación Científica Charles Darwin, administrada por la Fundación Charles Darwin, una ONG internacional dedicada a la conservación de la biodiversidad de las islas. Inmediatamente sentí que el perfil me estaba describiendo, lo cual fue extraño, ya que es bastante diverso y complejo. Presenté mi solicitud y, después de un largo proceso de selección, obtuve el puesto entre muchos otros candidatos de todo el mundo.

Recuerdo todas las advertencias de la gente de Galápagos durante el proceso de selección: "¿usted sabe que Galápagos es un lugar bastante aislado?", "¿usted sabe que el servicio de Internet no es bueno?", "¿usted está al tanto de las distancias, la soledad...?" Tengo que decir que no le hice mucho caso a estos comentarios... hasta que finalmente viajé allí (estaba viviendo en España en ese entonces). Cuando llegué, todo cobró sentido. Sí, Galápagos es un lugar especial. Pero también es muy desafiante. Casi el 97% del territorio insular está protegido por un Parque Nacional y una Reserva de la Biosfera de la UNESCO, por lo que la población se concentra en el otro 3%, en cuatro islas diferentes. No podés moverte fuera de esos enclaves. Estás a 1000 km de la ciudad más cercana del continente (Guayaquil, Ecuador), carecés de una serie de servicios

importantes (incluyendo agua potable, medicina especializada o una conexión estable a Internet) y estás sujeto a una tonelada de reglamentos

De todos modos, las maravillas naturales de las islas ayudan a lidiar con los problemas. Porque en Galápagos, durante siglos, la ausencia de humanos o de grandes depredadores hizo que la fauna no tuviera miedo, de forma que en la actualidad aún se acerca a la gente sin demasiadas reservas (aunque eso está cambiando debido al turismo masivo que llega al archipiélago). Algunos días, cuando llego a mi biblioteca, para abrir la puerta tengo que esperar a que una enorme iguana marina decida retirarse del umbral...

¿Qué significa ser el único bibliotecario en las islas Galápagos?

Nací en Argentina, hace casi 50 años, y vengo de lo que llamo "los márgenes". Ese hecho me puso en una posición de autoconciencia desde el principio. Siempre he sido militante y activista de diferentes causas sociales y ambientales, porque sé que nuestras voces y necesidades en los márgenes son escasamente escuchadas o satisfechas. Por lo tanto, cuando estudié Bibliotecología, me di cuenta rápidamente del poder del conocimiento y la memoria para impulsar y apoyar el cambio social. Desde ese momento, siempre me

he involucrado en la bibliotecología social / crítica: lo que hacemos como bibliotecarios, archivistas, museólogos, etc. es político y puede traer igualdad, justicia social, autoconciencia, identidades fuertes y libertad a nuestras comunidades.

En ese sentido, el compromiso profesional y la responsabilidad social se han convertido en una parte muy importante de mi trabajo. Por lo tanto, cuando llegué a Galápagos en 2018, lo primero que hice (además de familiarizarme con el puesto que tenía que cumplir en la Estación Científica Charles Darwin) fue ponerme en contacto con la comunidad.

Y la comunidad no tenía bibliotecas.

Supe que en tres de las cuatro islas habitadas hubo bibliotecas municipales en algún punto del pasado, pero los políticos locales las cerraron por creer que estaban siendo infrautilizadas. Probablemente fueron administradas por algún burócrata sin conocimiento ni experiencia alguna sobre bibliotecas o libros. ¿Quién hubiera querido visitarlas, ante la perspectiva de un "bibliotecario" con cara de perro y ladrando, cuidando las colecciones como si fueran objetos sagrados e intocables e imponiendo el silencio a su alrededor?

Ante esta situación, y con la responsabilidad de ser el único en el territorio con el conocimiento y las habilidades para hacer algo al respecto, comencé a trabajar en ese tema. Pero también tuve que abordar muchos otros problemas en mi trabajo principal: las muchas colecciones valiosas en la Estación Darwin necesitaban atención urgente (la biblioteca está a cincuenta metros del mar, en unas islas ecuatoriales, en medio de la vegetación, así que podés imaginarte la temperatura, las plagas y el nivel de humedad). También tuve que darle sentido y significado a un maravilloso conjunto de documentos, muchos de ellos únicos: administro el único archivo constante y organizado en Galápagos y, además de algunas colecciones particulares, el único museo. Parte de la información que manejo no está en ningún otro lugar del mundo... ¡Eso es lo que yo llamo una responsabilidad!

Después de organizar un poco todo, conecté el trabajo que hacía en la Estación con mi trabajo de extensión con la comunidad. Y todo empezó a tener sentido, especialmente desde un punto de vista de justicia social. Pero también de uno conservacionista, ya que la "conservación" es un proceso social (apoyado en uno puramente científico, por supuesto) y necesita sobre todo de interacción social.

¿Cómo ha cambiado la vida de los locales la presencia de libros accesibles?

La principal acción que tomé con respecto a la comunidad fue apoyar la reapertura del único espacio bibliotecario sobreviviente en las islas: un lugar de gestión privada y propiedad municipal ubicado en Puerto Ayora, Isla Santa Cruz, donde también se encuentra la Estación Darwin. Exploré oportunidades similares en las otras tres islas, sin éxito. De hecho, en una de ellas, Floreana, nunca había habido una biblioteca en toda su historia de ocupación humana.

En las tres islas sin biblioteca creé un programa de biblioteca móvil: las "bibliotecas viajeras". Se trata de conjuntos de libros que viajan en barco, dentro de maletas, desde Santa Cruz hacia el resto de islas habitadas (Isabela, Floreana y San Cristóbal), y se alojan en las escuelas. El contenido de las maletas se acuerda de antemano con lxs docentes, con el fin de apoyar su trabajo; en el aislamiento de Galápagos, lxs maestrxs padecen una falta crónica de acceso a recursos educativos vitales. El programa es un éxito (¡llevó la primera biblioteca a Floreana!), y el año pasado también se implementó en Santa Cruz. Además, logramos reabrir la biblioteca local de Puerto Ayora, la cual actualmente está funcionando.

Los cambios en la vida de las comunidades locales aún no son evidentes: no se puede (y no se debe, en mi opinión) esperar que los cambios sucedan tan rápido. Es un proceso lento (en realidad, todo es lento en Galápagos, al igual que las emblemáticas tortugas gigantes) que debe esperar a la sedimentación adecuada. Sin embargo, la maravilla de ver las caras de algunos niños con su primer libro en sus manos, su curiosidad y asombro, y su alegría, es algo que tomo como un primer resultado positivo y una recompensa por todo el trabajo duro que este tipo de necesidades del programa. ¡Viajar en barco entre islas con un montón de libros en una maleta no es nada fácil!

Has dicho [en una conferencia virtual organizada por la Biblioteca Nacional de Letonia y la UNESCO] que en tu caso es imposible discernir una biblioteca, un archivo y un museo. Lo comparas todo con una tela con muchos hilos entrelazados. ¿Crees que es porque no ha habido nada parecido en las islas Galápagos o porque las bibliotecas tienen que ser más multidisciplinarias?

Hmmm... Creo que mi declaración no tuvo nada que ver con mi trabajo en Galápagos, aunque mis actividades con las colecciones de la FCD me han ayudado a tener una comprensión más clara del problema. Creo que lo que llamo "disciplinas del conocimiento y la memoria" se dividen artificialmente en "campos", p.ej.

Bibliotecología, Museología, Archivística, etc. Después de algunas investigaciones, he llegado a comprender que los orígenes de esas divisiones son históricos y tienen que ver con la creación de disciplinas, subdisciplinas y sub-subdisciplinas extra-especializadas para estudiar el universo que nos rodea.

El hecho es que, cuando empezás a especializarte tanto, comenzás a cortar piezas cada vez más pequeñas de ese universo para poder estudiarlo. En el caso de las disciplinas del conocimiento y la memoria, que trabajan con patrimonio cultural, vas fragmentando cada vez más ese patrimonio, y poniendo esos fragmentos en diferentes lugares y contenedores... Te doy un ejemplo: los que estudiaron la música del pueblo indígena Gunadule en Panamá pusieron sus instrumentos musicales en un museo, sus grabaciones sonoras en un archivo, y los libros y papeles que reflejan sus investigaciones en una biblioteca (con mucho extractivismo académico y apropiación cultural, por cierto). Y descartaron o ignoraron mucha otra información. Ahora, si querés entender la música de los Gunadule a partir de los registros de nuestras instituciones relacionadas con el conocimiento y la memoria (digamos que los Gunadule hubiesen desaparecido, lo cual, por suerte, no es cierto), tenés que recopilar todos los fragmentos (si podés) e intentar reconstruir el patrimonio original, en una suerte de ejercicio de ingeniería inversa. El resultado es, en general, absolutamente incompleto, lleno de agujeros y

lagunas (y bastante sesgado, por cierto, ya que suele ser un enfoque eurocéntrico, colonial, de arriba abajo). Es una misión imposible y un ejercicio bastante frustrante, o eso me parece.

Me gusta comparar el proceso con la cama de Procrustes: el lecho de hierro en el que el mítico villano griego Procrustes ponía a sus víctimas. Si la persona era demasiado alta, se la cortaba a la medida de la cama; si era demasiado baja, se la estiraba con fuerza... La cama son nuestros campos disciplinarios, y la víctima, nuestro patrimonio.

No hace falta decir que algunas personas dentro de las disciplinas del conocimiento y la memoria son conscientes de ello y se han involucrado en una serie de esfuerzos para conectar colecciones e incluso procesos, directrices y estándares. Pero... siempre me parece que lo que hacen es romper una esfera de plástico en mil pedazos, arrojándola contra el piso, y luego intentan volver a crearla pegando los pocos fragmentos que encuentran en el suelo. ¡El resultado será necesariamente imperfecto e incompleto!

Mi principal conflicto aquí es que, incluso si puedo identificar el problema, no puedo proporcionar una solución. Debería generarse una perspectiva diferente al abordar la conservación y la gestión de nuestro patrimonio: una integral, dirigida a preservar todo

el conjunto de rasgos culturales y productos intelectuales / artísticos... De alguna manera, ha habido avances internacionales en esa área, pero todavía hay mucho por hacer.

¿Cuáles son las ventajas y alegrías y cuáles son los desafíos de administrar bibliotecas móviles que viajan entre islas?

Mientras escribo esto, estoy preparando mi próximo viaje con las "bibliotecas viajeras" a Isla Isabela, la más grande del archipiélago, de modo que puedo ponderar correctamente mi respuesta.

Y voy a empezar con los retos. Subirse a un bote pequeño para viajar dos horas en un mar generalmente agitado, llevando un montón de libros en una maleta, es definitivamente un desafío. No se han reportado accidentes en los últimos veinte años con estos barcos, pero cuando desembarco, generalmente me muero de mareo y, por supuesto, mi parte masoquista siempre me recuerda que el más mínimo problema en ese mar significa verse rodeado por al menos cinco especies de tiburones diferentes (¡no soy un gran fanático de esos animales!)

Además, preparar la colección dentro de las maletas es una verdadera pesadilla, pues se necesitan una serie de reuniones personales previas con profesores y otros actores de las islas (y para eso se necesitan más viajes en barco).

Por último, el presupuesto es un gran tema, ya que la Fundación Charles Darwin es una ONG, y cada área normalmente tiene que conseguir su propia financiación para sus proyectos. No hace falta decir que lograr que la gente done dinero para una biblioteca (sin importar cuán increíble sea) es un gran desafío, especialmente cuando la competencia son proyectos que cuidan de las asombrosas tortugas gigantes o los tiernos lobos marinos y pingüinos de Galápagos... Para mí, se siente como una lucha continua las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana para convencer a la gente de que apoye mi trabajo. Y eso, la recaudación de fondos, es un trabajo para el que los bibliotecarios generalmente no estamos bien preparados (y podría decir que soy terrible en eso, pero bueno, nadie es perfecto, ¿verdad?)

¿Las ventajas? Pues puedo viajar a todas las islas habitadas, tener contactos en todas partes, conocer necesidades y carencias, escuchar historias personales, y por supuesto disfrutar de los diferentes paisajes, flora y fauna... Además, puedo aprender más sobre mí y mi propia profesión, y sobre por qué hago lo que hago: una pregunta, "¿por qué?"

y "¿para qué?", sobre las que los bibliotecarios no estamos acostumbrados a reflexionar lo suficiente (especialmente fuera de las guías y libros de texto internacionales).

¿Y las alegrías? Como comenté anteriormente, ver a los niños sosteniendo su primer libro (a veces, cuando tienen 12 años) es asombroso. Ver a sus padres sosteniendo su primer libro es aún mejor... Además, poder explicar que todo el conocimiento y la memoria nacen iguales es fantástico: muchos de los colonos en las islas provenientes del Ecuador continental pertenecen a dos grupos indígenas de habla quechua (Otavalo y Salasaca), y aún sufren las consecuencias de la colonización cultural tan extendida en toda América Latina. Charlar con ellos en su propio idioma (hablo algunas lenguas indígenas latinoamericanas) es absolutamente maravilloso.

¿Qué papel han jugado las bibliotecas en su propia vida? ¿Tienes tus bibliotecas favoritas?

Nací en Buenos Aires. Allí tenemos una de las mejores redes de bibliotecas de base del mundo: las "bibliotecas populares". La razón de la etiqueta de "populares" es que son creadas por la gente, por la comunidad misma. Eventualmente, si cumplen una serie de

características, son apoyadas por el gobierno nacional: todo el dinero recaudado por la Lotería oficial va destinado a ellas.

De niño tuve la oportunidad de usar la biblioteca de mi escuela y la biblioteca popular de mi barrio. No puedo enfatizar lo suficiente la importancia del acceso al conocimiento y la memoria, sin importar el formato. En un mundo donde la desinformación es la regla, donde las habilidades relacionadas con la memoria se pierden debido al acceso rápido a cualquier dato a través de Internet, donde las habilidades de escritura e investigación también se pierden porque se escribe en los celulares y porque copiar y pegar es lo normal, crecer leyendo, escribiendo, escuchando todo tipo de música, siguiendo ríos sobre la superficie de enormes mapas, etc. se sintió (y aún se siente) como un milagro. Con el tiempo creé mi propia biblioteca personal, llena de libros de segunda mano, y documentos descartados rescatados de grandes bibliotecas... Y visité muchas, muchas más. Y después de convertirme en bibliotecario profesional, colaboré con bibliotecas de toda América Latina, y cuando viajo (y soy un ávido viajero) siempre busco la oportunidad de visitar bibliotecas, colaborar con ellas, dar conferencias o ayudar, o de conversar con los bibliotecarios tomando un café o un par de cervezas (¡la segunda opción es la preferida!)

¿Mi biblioteca favorita? Bueno, en este momento es mi biblioteca en Galápagos, por supuesto. Su puerta da al Océano Pacífico, está rodeada de vegetación, es visitada por iguanas marinas y pinzones de Darwin durante todo el día, y encierra muchos secretos aún por descubrir y explorar. Muchos de ellos los he recopilado, organizado y mostrado en *Galapagueana* (<https://galapagueana.darwinfoundation.org>), un archivo digital que diseñé y mantengo activo, destinado a difundir la memoria social y científica de las islas. Pero aún queda mucho, mucho más por ver...

Vienes del campo de la música. ¿Cómo se inspiran la música y las bibliotecas en tu trabajo?

¡Culpable! Soy músico, en efecto. Soy el orgulloso descendiente de una larga línea de músicos populares, y ya era músico antes de querer ser otra cosa. La música (tanto para escuchar como para tocar) es una parte necesaria de mi vida. Aprender sobre diferentes instrumentos y cómo construirlos y tocarlos es una parte importante de mi rutina diaria.

Trabajar con pueblos indígenas, como lo he hecho extensamente, me puso en contacto con diferentes mundos y tradiciones sonoras. Con el tiempo pude comprender que los sonidos y los silencios son un elemento entrelazado en nuestro patrimonio cultural

mundial: ayudan a codificar y transmitir tradiciones e historias importantes, definen momentos históricos, representan paisajes y territorios...

Entre esos sonidos, creo que la oralidad, la palabra hablada, es el más destacable. Aprendí la importancia de la tradición oral durante mis contactos iniciales con las comunidades indígenas en Argentina: mientras intentaba trabajar con el pueblo Qom, en el noreste de mi país, tuve la oportunidad de conversar con un anciano que aceptó hablar conmigo sobre la historia de su comunidad. Pasó hablando toda una noche y compartió conmigo una parte importante de su conocimiento tradicional y su memoria, que no se puede encontrar en ninguna biblioteca o archivo. Entendí muchas cosas ese día, incluyendo cuán importantes son los sonidos y cuánto daño se ha hecho a algunos grupos sociales y étnicos en todo el mundo. Y qué coloniales son todavía muchas bibliotecas.

La música fue una segunda etapa, pues mucha tradición oral viene con el acompañamiento necesario y vital de instrumentos musicales, o de canto. Un instrumento musical es un documento en sí mismo: codifica un entorno natural particular a través de sus materiales, una larga tradición constructiva transmitida de

generación en generación, una serie de historias y costumbres locales, un conjunto de normas, un repertorio que incluye literatura oral...

Finalmente, incluir el elemento musical en mi mundo bibliotecario me ayudó a construir esa "perspectiva de cama de Procrustes" de la que hablé antes. ¡Qué fragmentada es nuestra visión, si no logramos ver que todas esas piezas forman parte de un panorama único, único, sólido, heterogéneo, salvajemente diverso!

Tienes un libro que sale el próximo año. ¿Puedes contarnos más al respecto? ¿Qué te inspiró a escribirlo?

El libro se titula provisionalmente "Bibliotecas en los márgenes: experiencias en América Latina", y se espera que Routledge lo publique en 2023.

Como he comentado anteriormente, vengo de los márgenes. Durante toda mi vida, usar / recibir esa etiqueta no fue un gran problema: al menos, no fue una mentira. Vengo, en efecto, de los márgenes. Sin embargo, hoy me he cansado un poco de que me etiqueten, así que decidí apropiarme de algunos de esos términos.

No hace falta decir que la apropiación necesita de subversión, y eso es lo que estoy haciendo en este libro. Hablo de márgenes, pero no en el sentido de "marginal" o "periférico", como "ese espacio donde subsisten los pobres y toda esa Otra gente". Hablo de márgenes como los espacios en blanco en las páginas impresas, alrededor del texto fijo, donde las cosas más interesantes pueden suceder y suceden. Las *marginalias* —lo que está escrito o garabateado en los márgenes de una página— son terriblemente diversas, creativas, críticas... ¡Se burlan incluso del texto principal! Las palabras impresas, condenadas a reglas rígidas, no pueden moverse, no pueden cambiar, pero los márgenes sí: pueden ampliar, corregir, criticar, negar...

Entonces, ¿qué tiene todo esto que ver con las bibliotecas? Bueno, hay un "texto fijo" sobre bibliotecas y Bibliotecología: lo que se publica en libros de texto, en manuales, en guías internacionales... Y hay un margen amplio, enorme, alrededor de ese texto: las prácticas diarias en muchos países y regiones donde ese "texto fijo" no se puede aplicar o en donde es inútil por varias razones. Por lo tanto, hay una Bibliotecología "marginal"... pero no es una bibliotecología "pobre", "alternativa", "Otra". Es una real, reivindicativa, subversiva. Es una Bibliotecología que se da cuenta de que muchos estándares, categorías y conceptos de las Ciencias de la Información no se pueden aplicar a la mayoría de las situaciones socioeconómicas, culturales e identitarias del planeta y, en

lugar de esperar soluciones que nunca llegarán, las crea y las pone a prueba, convirtiéndolas en servicios, actividades, proyectos, colecciones o políticas bibliotecarias...

Y así hablan los márgenes, como siempre lo han hecho. Las bibliotecas "en los márgenes" crean un nuevo tipo de Bibliotecología, fuertemente comprometida con sus comunidades y usuarios. Esas bibliotecas son espacios de resistencia y militancia, de lucha y activismo. Son trincheras culturales para muchas comunidades y grupos, y no solo los "sospechosos de siempre", los etiquetados (los pobres, los inmigrantes, los diferentes, los subalternos, las tribus urbanas...).

Y, hay que decirlo, esa forma "marginal" de ver las bibliotecas (y otros aspectos de la vida) estaba activa décadas antes de toda la actual polémica políticamente correcta con la diversidad: era una necesidad, y fue satisfecha por algunas valientes bibliotecarias innovadoras (realmente innovadoras, antes de todo el alboroto actual con la "innovación") que empezaron a recorrer "un camino al costado del mundo", como dice una vieja canción del rock argentino.

¿Cómo te gustaría que fueran las bibliotecas dentro de 100 años?

Bueno... Si dentro de cien años todavía estamos habitando este planeta (esperemos que lo hagamos, pero necesitaremos mucho decrecimiento y minimalismo para equilibrar todo lo que le hemos hecho a nuestra pobre Tierra durante el Antropoceno), espero que las bibliotecas sean más que lo que son hoy. Me gustaría que fueran espacios integrales para el conocimiento y la memoria: todos los saberes y todas las memorias, no solo las hegemónicas, dominantes, académicas, blancas, masculinas...

Espero que como especie hayamos superado la división conceptual artificial entre Naturaleza y Cultura, y entre Naturaleza y Sociedad, y que los espacios del conocimiento y la memoria (y sus contenidos) lo reflejen. Gente y territorio son lo mismo: toda una biosfera de seres vivos humanos y no-humanos que cruzan sus caminos y vidas y construyen una historia común llena de conexiones. Deben descartarse las nociones de los humanos como reyes y reinas de la creación y debe adoptarse una ética del cuidado, de la reconstrucción, de la equidad y la solidaridad...

Espero que exista una realidad post-colonial, realmente diversa, sin etiquetas, y que los espacios de conocimiento y memoria la alienten y apoyen. Ojalá esos espacios se

conviertan en lugares de lucha y resistencia, de memoria y militancia... Espacios donde la gente pueda luchar contra el olvido y la injusticia. Porque la información es poder: el poder de cambiar las cosas de muchas maneras y en muchos niveles.

